

Ética de la preocupación y de la responsabilidad

José Luis Vázquez Borau

Resumen

La persona se encuentra atrapada entre la memoria del pasado, el proyecto del futuro y la percepción del presente, que constituye su frontera. La persona se va configurando con cada uno de sus actos, siendo responsable ante las demás personas. El origen de nuestras desgracias consiste básicamente en la falta de reflexión y superficialidad. Frente a nuestro pasado culpable sólo nos queda la penitencia como camino de reconciliación. El ser humano está ligado a una red de amor entre las personas, reconciliadas por la gracia de un amor divino y salvador.

Abstract

The person is trapped between the memory of the past, the project's future and the perception of this, which constitutes their border. The person will shape each of their acts, being accountable to others. The source of our misery consists basically of the lack of reflection and superficiality. In front of our past culprit, we can only penance as a way of reconciliation. The human being is tied to a network of love among people, reconciled by the grace of a divine love and saviour

1. El tú como meta de mi esfuerzo moral

La persona es una realidad material y, por ello, mundana. Pero al mismo tiempo se percibe entre las cosas que le rodean, se sabe trascendente a las mismas. Mientras los animales se relacionan sólo con el medio que les sirve para satisfacer sus instintos vitales, la persona dispone de sí ante todo lo que le rodea. El animal irracional no tiene tiempo, pues no tiene conciencia de sí mismo, por esto no puede disponer de sí mismo en el devenir histórico, mientras que, como dice Mariano Moreno Villa, «*la persona puede adaptarse al tiempo, medirlo, conocerlo, proyectar de nuevo, trabajar, producir, inventar, ya que puede enfrentarse al tiempo activamente y no sólo sufrirlo*»¹.

La persona se autopercibe a sí misma como un ser fronterizo entre la memoria del pasado y el proyecto de lo porvenir; y la frontera es su percepción del presente. Por esto es un ser responsable, porque puede disponer de sí misma para construir o dominar a las demás

¹ M. MORENO VILLA: *El hombre como persona*. Madrid, 1995, p. 138.

personas, así como construirse o destruirse a sí misma. Responsabilidad significa responder ante alguien, pues no se puede responder ante algo. Si se renuncia a responder ante un alguien Absoluto, entonces no existe ningún imperativo absoluto y todo queda *“al arbitrio de la grandeza de espíritu del responsable sobre su responsabilizado”*².

La persona debe descubrir su singularidad única. La finalidad de todo nuestro progreso humano, de nuestra personalidad, es conseguir la unificación de nuestro ser, nuestra integridad. La persona que llega a la integridad, quien llega a estar unida consigo misma, quien está de acuerdo con la historia de su vida, esa persona ha desarrollado un sentimiento del propio valor, un sentimiento de su propia dignidad singularísima. La persona que ha descubierto la unidad interna de su vida y hace brotar a borbotones vitalidad, logra que en su entorno surja siempre algo nuevo que tenga significación para los demás. Pero solamente se tiene un sentimiento del propio valor cuando la persona es capaz de reconciliarse con sus propias debilidades y lados de sombra; cuando se es capaz de confesar las propias faltas; cuando se está a favor de sí misma en el momento en que otras personas la censuran; y, finalmente, cuando se acepta como es incluso en sus aspectos menos agradables. Lo que la persona llega a ser no nos preexiste ni como idea, ni como imaginación, ni como proyecto. Lo que seremos va, lenta, confusa, indeterminadamente adviniendo, dibujándose, siendo, a través de nuestros actos. Ahora bien, estos actos tienen que ser decididos uno a uno, elegidos, determinados por nosotros mismos. De ahí la importancia moral de la elección, de la decisión. Pero esta elección, esta decisión, no se hace una vez por todas. Es verdad que hay decisiones más importantes que otras y momentos decisivos en nuestra existencia. Pero todos nuestros actos deben ser decididos y todos, por nimios que parezcan, reinfluyen sobre nuestro confuso proyecto y sobre lo que llegamos a ser. Como dice José Luis Aranguren, *“el ser humano no es moral sólo, ni principalmente, porque hace la vida a través de actos, decisiones, proposiciones de fines y arbitrio de medios, sino también porque ha de hacerla siguiendo un imperativo: que sea ‘buena’ en el sentido ético de la palabra. Este momento imperativo pertenece a la estructura misma de la vida humana”*³.

La autosatisfacción se ha convertido en el imperativo moral de nuestro tiempo. Hoy se da culto a la autodirección y la autorealiza-

² *Ibid.*, p. 152.

³ J.L. ARANGUREN: *De ética y de moral*. Barcelona, 1991, p. 71.

ción. Pero, para nuestro modo de ver, existe una estrecha vinculación entre la conciencia psíquica y la conciencia moral, pues la conciencia de uno mismo no debe ser autocéntrica sino heterocéntrica ya que es a partir de las demás personas que podemos llegar a comprendernos a nosotros mismos. Y la realización de la persona consiste en dar cumplida respuesta práctica a la voz reveladora del otro. Pero si a mí mismo me percibo como un misterio para mí mismo, ¿cuánto más lo serán las demás personas para mí? Y si sobre mí mismo no puedo decir una palabra absolutamente definitiva, ¿cómo atreverme a lanzarla sobre otra persona? Así, el misterio de las otras personas no nos es accesible por completo, pues su ser más íntimo no podemos, aunque lo pretendamos, aprehenderlo por completo. A las demás personas, por el contrario, hay que respetarlas y reverenciarlas, como lo más sublime, lo más digno e incluso lo más sagrado que existe en lo creado. Ni las demás personas son un infierno ni un cielo, todo depende de si la respectiva y recíproca conducta produce «cielidad», gracias al amor, la entrega, el compromiso, la responsabilidad o el sacrificio; o «infiernidad» cuando la conducta es todo lo contrario.

En la realidad ordinaria del encuentro, la relación con el otro implica una asimetría. Por un lado el yo, que es acogido en su propia diferencia. Por otro, la irrupción por el efecto de algo que acontece en él, de la relación con el tú. Este tú lo tiene el yo por exterior y por encima de él mismo. Es decir, el otro exige el respeto porque no es lo que yo soy, y en cuanto tal, se presenta como la meta de mi esfuerzo moral. Aquí surge la ética de la preocupación, que es al mismo tiempo una nueva forma de comprender el poder de decir yo y, por tanto, responde a la vocación de la filosofía. Como dice Rafael Larrañeta, «*la Ética es filosofía moral esencialmente normativa. Su objeto principal consiste en suministrar imperativos, determinar cómo los actos humanos deben ser. Con esas normas ante los ojos, la moral condena o aprueba, manda o permite los actos humanos. Una moral que se contente con comprobar hechos no es Ética, porque está en el plano puramente indicativo de las ciencias empíricas, como el folklore o la historia de las costumbres*»⁴. Todo acto humano encierra explícita o implícitamente una relación con las normas morales. El estudio de estos principios constituye el objetivo principal de la Ética. Así, podemos afirmar con Emmanuel Levinas que «*el lazo con el otro no se anuda más que como responsabilidad, y lo de menos es que ésta sea aceptada o rechazada, que se sepa o no como asumirla,*

⁴ R. LARRAÑETA: *La preocupación ética*. Salamanca, 1986, p. 253.

*que se pueda o no hacer algo concreto por el otro. Decir: beme aquí. Hacer algo por otro. Dar. Ser espíritu humano es eso*⁵. No se trata solamente de la libertad que aseguraría el conocimiento de la totalidad del ser, sino de la responsabilidad que significa también que nadie puede sustituirme cuando soy yo quien ha de responder.

2. La fundamentación de toda ética

La fraternidad es el reconocimiento absoluto de la dignidad de toda persona y esto independientemente del comportamiento que ésta tenga para conmigo. Como consecuencia debo relacionarme con las demás personas como seres que tienen un valor único e irrepetible. Según Erich Fromm existen diferentes clases de relaciones interpersonales: la de relación simbiótica, la de distanciamiento-destruictividad y la de amor. En la simbiótica, *«la persona se encuentra relacionada con otras, pero pierde, o nunca obtiene, su independencia; rehúye el peligro de la soledad, llegando a ser parte de otra persona, bien siendo 'absorbida' (masoquismo) por esa persona o bien 'absorbiéndola' (sadismo). La persona dominada es percibida y tratada como una cosa para ser utilizada y explotada*⁶. La relación de distanciamiento es de carácter negativo. Su equivalente emocional es el sentimiento de indiferencia hacia la otra persona, acompañado frecuentemente de un sentimiento compensador de autoinflación. El impulso de destruir a las demás personas proviene del temor a ser destruidas por estas. Finalmente, la relación de amor es la forma productiva de relación con las otras personas y con nosotros mismos. Es la expresión de intimidad entre dos seres humanos bajo la condición de la conservación de cada uno.

Para Fromm, el amor productivo tiene estos elementos básicos: el cuidado, la responsabilidad, el respeto y el conocimiento. El cuidado y la responsabilidad denotan que el amor es una actividad y no una pasión que nos vence o un afecto por el cual somos afectados. La esencia del amor es trabajar por algo y hacer crecer algo, que el amor y el trabajo son inseparables. Se ama aquello por lo que se trabaja y se trabaja por aquello que se ama. La responsabilidad no es un deber impuesto desde fuera, sino la respuesta a algo que siento que me concierne. Retomando sus propias palabras, *«amar a una*

⁵ E. LEVINAS: *Ética e infinito*. Madrid, 1991, pp. 80-81.

⁶ E. FROMM: *Ética y psicoanálisis*. Madrid, 1986, p. 115.

*persona productivamente significa estar relacionado con su esencia humana, con ella como representante de la humanidad*⁷. El cuidado y la responsabilidad son elementos constitutivos del amor, pero sin respeto por la persona amada y su conocimiento, el amor degenera en dominación y pasión, pues el ser humano sólo vive como persona si vive con libertad.

La fraternidad es una convicción personal, es una creencia que se vive en el tú a tú cotidiano, en el amor interpersonal y concreto; es también una creencia política que debe organizar la comunidad para que todas las personas puedan vivir. La esperanza es una disposición interna para actuar. Es un estado, una forma de ser. Cuando desaparece la esperanza, la vida termina. La esperanza va ligada a otro elemento de la estructura vital: la fe, que es la certidumbre de lo incierto, como indica la palabra hebrea *emunah*, certidumbre. La fe se basa en nuestra experiencia de vivir y transformarnos. Como dice Fromm, *«la fe en que los demás pueden cambiar deriva de la experiencia de que yo puedo cambiar»*⁸. La esperanza y la fe, siendo cualidades esenciales de la vida, si se estancan tienden a desaparecer. Lo que vale para la persona vale para la sociedad. Necesitamos la fortaleza para intentar transformar la realidad en positivo, pues cada acto negativo es muerte. El lenguaje profético es siempre un lenguaje de alternativas. Las visiones apocalípticas no admiten alternativas. Son la versión del determinismo y no de la libertad. *«Sólo percatándonos, afirma Fromm, plenamente del peligro que corre la vida puede este potencial ser puesto en marcha y llevar así a cabo modificaciones drásticas en nuestra forma de organizar la sociedad»*⁹.

Según Max Horkheimer (1895-1973) sin el pensamiento de Dios no se da ni sentido absoluto ni verdad absoluta y la moral se convierte en una cuestión de gusto y de capricho. Por eso afirma que *«desde la perspectiva inicial del positivismo es imposible deducir una política moral. Bajo un punto de vista puramente científico, el odio no es peor que el amor, no obstante su diferente función social. No hay ningún fundamento lógico irrefutable por el que yo no deba odiar, cuando de ello no se deriva para mí prejuicio alguno en la vida social»*¹⁰. Sin una instancia trascendente y superior al ser humano se puede sostener que la guerra es tan buena como la paz y que la

⁷ *Ibid.*, p. 115.

⁸ E. FROMM: *La Revolución de la esperanza*. México, 1970, p. 25.

⁹ *Ibid.*, p. 8.

¹⁰ M. HORKHEIMER: *Die Sehnsucht nach dem ganz Anderen. Ein Interview mit Kommentar von H. Gumnior*. Hamburgo, 1970, p. 60.

opresión es mejor que la libertad. Por eso, continúa diciendo Horkheimer, «*todos los intentos de fundamentar la moral en la prudencia terrena y no en la relación con el más allá se basan en ilusiones contemporizadoras*»¹¹. Así, el sentimiento íntimo de que Dios existe tiene una importancia decisiva para la realización de una sociedad más razonable y más justa, para una ordenación plausible de lo existente. Existe «*un anhelo de justicia cumplida, que jamás podrá ser realizada en la historia secular*»¹². La historia de amor del ser humano solamente encuentra su razón de ser total en la historia de amor de Dios que ha tenido libremente la iniciativa. Desde la historia divina de amor es posible atisbar el misterio de la creación, de la historia, de la persona, y dar razón de la esperanza que alimenta incansablemente la vida del ser humano, a pesar del permanente dolor y del sufrimiento que acorralan inmisericordemente su frágil existencia, encontrando justicia al sacrificio de los inocentes. Y la fundamentación de la fraternidad humana sólo se encuentra si nos abrimos a la existencia de un Dios que valora infinitamente a cada uno de los seres humanos que existen, han existido y existirán en la historia. Sólo la existencia de un Dios, Padre de todos los hombres, que crea por amor y, por tanto, crea personas libres, da razón suficiente de la exigencia del amor y del deber, de la esperanza y de la fe en que nos movemos, existimos y somos.

3. La recuperación del pasado en el arrepentimiento

Si bien el futuro es incierto, éste me pertenece de algún modo. Pero lo que parece escapar completamente de mí es el pasado donde ha triunfado ya el reino de la necesidad. El yo personal asume de buena gana su pasado glorioso, donde la voluntad fiel ha promocionado al mejor yo de nosotros mismos. Pero el pasado culpable consecuencia de una libertad débil que contradice radicalmente nuestro yo ¿es posible integrarlo todavía en mi proyecto personal? Llegamos aquí a la noción de arrepentimiento. Según Maurice Nédoncelle, la explicación última del arrepentimiento y del perdón es metafísica. No es sólo a los demás a los que podemos y debemos pedir perdón. «*Todos nosotros somos infieles a nuestra vocación íntima y es nuestra más alta conciencia la que es preciso doblegar. Spinoza creía que la*

¹¹ *Ibid.*, p. 60.

¹² *Ibid.*, p. 69.

penitencia no es una virtud y que nos hace doblemente miserables o impotentes (Eihique, IV, 54). Con más agudeza, Hegel ha intentado reintegrar el arrepentimiento y el perdón dentro de la sabiduría filosófica. Para él, la penitencia es una disposición viril que percibe el carácter inacabado del pasado y lo transforma haciéndolo mejor; no consiste en evitar el castigo –que debe tener lugar–, ni en quitar la acción de la conciencia, sino en reconciliarnos con el destino por el amor. (...). Es preciso superar el moralismo y perdonarse en nombre de la conciencia absoluta. “Las heridas del espíritu se curan sin dejar de cicatrizar. El hecho no es imperecedero, pero el espíritu lo reabsorbe en sí mismo (Phénoménologie, Paris 1942, t. II, 197)”¹³. Las otras personas y yo mismo formamos un ciclo de relaciones que ninguna dialéctica a priori puede dulcificar y que tienen en su éxito o en su fracaso algo de definitivo. Para Nédoncelle, «nosotros estamos perdidos si no existe un Dios que apacigüe y perdone porque puede vivificar de nuevo interiormente el centro de nuestros seres. Sólo un Ser que tiene otros medios distintos a los nuestros porque Él es creador de nuestros seres, puede darnos el Paraíso; sólo Él puede restituirnos sin quitarnos nuestra identidad personal»¹⁴. Sólo su poder puede regenerarnos interiormente. Sin embargo, esta regeneración interior de nosotros mismos no es suficiente, porque las consecuencias de la infidelidad, «llevan hasta los límites del espacio y del tiempo nuestra perdición. Todo lo que la falta ha tenido de malicia o de debilidad o de desgracia virtual se filtrará a través del acto cometido y no podrá ser nunca más rescatado o restituido por el culpable»¹⁵. En esta situación sólo un Dios providente y redentor es capaz de reintegrar en sus designios amorosos y sabios el mal realizado. En efecto, concluye Nédoncelle «si un redentor divino no asume la carga de dominar todos los acontecimientos, si no es Él quien me perdona activamente de mis infidelidades y las corrige por su providencia final, (...) estoy moralmente condenado. Si pretendo pasar por alto el perdón de un Dios trascendente y permanecer optimista, confiando en la omnipotencia de mi arrepentimiento, debo realizar una redención cósmica: me obligo a tener la eficacia de un Hombre-Dios. Esta es una pretensión loca, a la vez inevitable e irrealizable. Pero me da luz sobre un último aspecto de mi exigencia: yo vuelvo a encontrar una trascendencia divina en la necesidad moral de un mediador que sea más

¹³ M. NÉDONCELLE: *De la fidélité*. Paris, 1953, pp. 186-187.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 187-188.

¹⁵ *Ibid.*, p. 189.

*yo- mismo que yo. Esta es la significación última del arrepentimiento humano y del perdón de Dios.*¹⁶ La ambición de la fidelidad es recuperar para sí, incluso las traiciones cometidas. El perdón bajo esta forma extrema se llama redención. Sólo reformando todo hasta el infinito puede la fidelidad conservarlo todo.

En el mundo que nos ha tocado vivir no sólo hay cosas sino también personas. Existen realidades que no se dejan dominar como cosas. El ser humano no es una cosa, pero puede ser reducido a eso. Lo despojamos de su condición de persona y lo hacemos un instrumento a nuestro servicio. Tenemos ejemplos máximos, como el exterminio realizado por los nazis, y de instrumentalización humana, como la esclavitud, la prostitución, los soldados enviados a la muerte como instrumentos de las ambiciones de poder de un jefe militar o político, etc. Carmen Herrando se pregunta por el entido de las atrocidades del mal y encuentra una respuesta en Hannah Arendt¹⁷. La autora, a partir del libro *Eichmann en Jerusalén*¹⁸ se pregunta, ¿Cómo eran las personas que llevaban a cabo las atrocidades nazis? ¿Eran seres perversos? ¿Cómo llegaron a aceptar tales maldades? ¿Eran diferentes a nosotros? ¿Cuál fue la causa que hizo que actuaran de esta manera? Para Arendt, Eichmann era un hombre aparentemente normal, muy normal, incluso. Uno de los responsables directos de la deportación de millones de personas resulta no ser ningún monstruo: «*Lo más grave en el caso Eichmann era precisamente que hubo muchos hombres como él, y que estos hombres no fueron pervertidos ni sádicos, sino que fueron, y siguen siendo, terrible y terroríficamente normales*». ¿De donde brotó entonces aquella falta absoluta de responsabilidad, que desembocaría irremediablemente en el abismo del mal? Cuando a comienzos de 1942, en la Conferencia de Wannsee, Hitler y sus principales colaboradores plantearon la cuestión de la «solución final», la liquidación efectiva de unos once millones de judíos y demás parias de este mundo a los ojos de los nazis, Eichmann se sintió como Poncio Pilato: «*libre de toda culpa*». «¿Quién era él para juzgar? ¿Quién era él para tener sus propias opiniones sobre aquel asunto?»¹⁹. Eichmann fue capaz de aducir que el gobierno nazi había impuesto una nueva escala de valores, a la que no quedaba más remedio que someterse. No era un estúpido, sólo cumplió

¹⁶ *Ibid.*, p. 189.

¹⁷ C. HERRANDO: *Sobre la banalidad del mal según Hannah Arendt*. Acontecimiento, nº 83, Madrid, 2007.

¹⁸ H. ARENDT: *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona, 2005.

¹⁹ *Ibid.*, p. 86

órdenes y trató de ser eficaz en la situación en la que se encontraba como una pieza más del engranaje del terror y de la muerte. Entonces, ¿dónde está la causa de su irresponsabilidad? En la «irreflexión», en la mera «superficialidad». Lo que nos enseña el «proceso de Jerusalén» es que el alejamiento de la realidad y la irreflexión pueden causar más daño que todos los malos instintos, inherentes como posibilidad, en la naturaleza humana.

Mi libertad es, de manera originaria y constitutiva, una exigencia frente a otra libertad. Por esto, la libertad debe hacerse responsable de sí misma frente a esta otra libertad. Y esto implica también hacerse responsable de esta otra libertad. Así la responsabilidad no tiene tan sólo una dimensión interpersonal, que le es absolutamente constitutiva, sino unas implicaciones mucho más amplias, sociales y políticas. Nédoncelle nos recuerda que *«sólo la generosidad que modifica al amante y al amado parece capaz de reabsorber eventualmente el mal del mundo y rescatar el universo... Al odiar el crimen y querer al criminal (la generosidad) construye una historia ideal del mundo y tiende a transformar el mal de las subjetividades en acontecimiento impersonal. Devuelve a las personas la dignidad que han perdido y objetiva el mal que hay en ellas»*²⁰. Si cada vez tenemos más conciencia de la realidad planetaria, la responsabilidad también debe convertirse en cosmopolita. Debemos responder a los desafíos que tienen planteadas las mayorías de nuestro planeta, a su grave situación de pobreza, de explotación y de inhumanidad. La existencia de las demás personas representa al bien común. Hoy en día se tiende a que gane el mercado y pierda la sociedad. El mundo se reduce a una serie de mercados por conquistar, convirtiéndose la persona en un recurso humano, en el mismo orden que los recursos naturales, energéticos, tecnológicos y financieros. Así la persona se convierte en fuente de beneficios, tanto cuando se la emplea como cuando se la aparta del trabajo, tal y como queda demostrado en las drásticas reducciones de empleo. Como dice Ricardo Petralla, *«asistimos por todas partes a la debilitación de los principios fundadores de las sociedades modernas occidentales y occidentalizadas, que son la ciudadanía y la solidaridad. La vuelta masiva a la pobreza representa la negación del Estado moderno. La pobreza es el enemigo de la ciudadanía, como lo es la exclusión social»*²¹. Porque existe un tú, la al-

²⁰ M. NÉDONCELLE: *La réciprocité des consciences, essai sur la nature de la personne*, pp. 251-252.

²¹ R. PETRALLA: *El bien común. Elogio de la solidaridad*. Madrid, 1997, p. 13.

teridad, existe el yo. La existencia de las demás personas es también la condición necesaria e indispensable que posibilita la vivencia y social. Para que la existencia de las personas se pueda realizar tienen que darse ciertas condiciones precisas y duraderas tanto del espíritu, sistemas de valores, como de la acción, instituciones políticas y medios económicos. El objetivo del bien común es la riqueza común, a saber, el conjunto de principios, reglas, instituciones y medios que permiten promover y garantizar la existencia de todos los miembros de la comunidad humana. En el plano inmaterial, uno de los elementos es el reconocimiento, respeto, tolerancia en las relaciones con las demás personas. En el plano material el bien común se estructura en referencia al derecho que tienen todas las personas a un acceso justo a la alimentación, vivienda, energía, alimentación, salud, transporte, información, democracia y expresión artística.

La alternativa ante tal despropósito sería hacer un nuevo contrato social donde se conjugasen de nuevo los valores de libertad, igualdad y fraternidad, quedando en el centro del mismo la persona y no el mercado. Ante todo esto hay que ir hacia una propiedad relacional, pues cuando esta es individualista o no relacional resulta nefasta. Un desarrollo sin solidaridad provoca la injusticia social y la opresión de las personas, pues, en palabras de Nédoncelle, «*hay una solidaridad oculta entre todos los seres y el mal de uno crea un problema de mal para todos los otros. Si el misterio está en un punto, está en todas partes. Hay una solidaridad del silencio, que va de nosotros a Dios y de nosotros a nosotros y de nosotros al otro. En el orden personal esta unidad es fundamental*»²². El desarrollismo neoliberal a cualquier precio es el más culpable de la distribución desigual, no los indigentes ni la fatalidad. El derecho a la propiedad privada es válido pero orientado hacia el bien común. Emmanuel Mounier nos propone «*ir hacia la copropiedad del trabajo por encima del capital, hacia la persona como centro de todos los procesos económicos, y no sólo hacia la rentabilidad*»²³. Pues resulta que el dinero funciona al revés que las personas, cuanto más libre peor. Por esto afirma Eduardo Galeano que «*el neoliberalismo económico que el Norte impone al Sur como fin de la historia, como sistema único y último, consagra la opresión bajo la bandera de la libertad. En*

²² M. NÉDONCELLE: *La réciprocité des consciences, essai sur la nature de la personne*, pp. 263-264.

²³ E. MOUNIER: *De la propiedad capitalista a la propiedad humana*. Obras completas I, Salamanca, 1993, p. 541.

*el mercado libre es natural la victoria del fuerte y legitima la aniquilación del débil. Así se eleva el racismo a la categoría económica*²⁴.

4. Implicaciones de la responsabilidad

Todo lo que tiene que ver con nuestro destino tiene el carácter de una anticipación y forzosamente carece de las formas de verificación experimental que son usuales en las ciencias de la naturaleza e incluso en el análisis de las presencias espirituales. La naturaleza es el lugar donde todo comienza y nada termina, pero existe una probabilidad de esperanza ligada al sacrificio moral del yo, que se puede verificar en el estado presente: 1. El mal nunca tiene tanta densidad como el bien. Las dos nociones parecen iguales y recíprocas, pero el mal depende del bien en mayor medida que el bien del mal; 2. A la larga el bien siempre vence al mal; 3. La libertad que se ejerce mal se pierde. La dirección inmoral del querer se reconoce por el signo de una creciente esclavitud. Dios es el nombre final del bien, que surge incluso del sufrimiento y de la rebelión, imponiéndole al mal que coopere a un orden perfecto. Dios escribe recto con rallas torcidas. El sufrimiento voluntariamente aceptado tiene algo de comunal y hace aparecer el gozo. Ante las heridas que hacen desgarrar la conciencia, se puede vencer el mal con serenidad haciendo aparecer el gozo. Este sufrimiento hace que el pasado se pueda transformar, pues pese a su carácter factual, la naturaleza del pasado está abierta al cambio.

Dios no es ni el pecado ni el sufrimiento, pero los toma sobre sí en nosotros. Así, toda la miseria de este mundo sufrida en la misericordia infinita, se vuelve en comunión; y la unidad del universo en su fuente redentora vuelve compatibles los peores males con una alegría triunfante. Es la victoria de la conciencia sobre el abismo más profundo. Esta victoria se entrevé ya en los valores como profecía de un más allá insuperable. La muerte no autoriza ninguna conclusión relativa a la suerte de la conciencia personal. El yo objetivo, espacio-temporal, está destinado a extinguirse. La muerte nos impone la idea de un desplazamiento del yo y de una ausencia espacio-temporal. Pero la aniquilación física es para el espíritu sólo un desplazamiento de estructura, pues la aniquilación espiritual tiene su propio límite en el espíritu, ya que, lo que es capaz de albergar el universo, como la conciencia

²⁴ E. GALEANO: *El desprecio como destino*, citado por C. DÍAZ: *Manifiesto para los humildes*. Valencia, 1993, p. 110.

humana que puede concebir la totalidad absoluta sin quebrantarse por ninguna ampliación del horizonte, es inmortal. Cuanto más capaz de lo universal es la personalidad, tanto más original es y más fácilmente mantendrá la continuidad. Su apertura al absoluto no hace disminuir su singularidad, sino al contrario, su comunión con el universo hace imprimir un sello duradero sobre todo lo que encuentra.

Dios es el Tú de toda alma humana, sostiene su destino y le impone una trayectoria sin fin, de suerte que sus fragmentos son en ella expresión de la totalidad. La inmortalidad está justificada por nuestro carácter personal, al tener la condición personal su esencia en una misericordia divina. La muerte nos es volver a Dios, sino un retorno en Dios. Durante la vida miramos a Dios. Después de la muerte es Dios quien nos mira y esto es lo que constituye nuestro destino. Todo es inmortal si todo es memoria. Las individualidades de la vida vegetal o animal integradas en nuestra existencia como espectáculo o como incorporación, podrán sobrevivir en nosotros y alcanzar su plenitud final. La realidad histórica de las cosas sobrevive en el alma eterna de la persona. Cuanto procede del amor perdura, aunque a veces no se vean los resultados. Como afirma Gottfried Wilhelm Leibniz, *«puede demostrarse matemáticamente que toda acción, por pequeña que sea, se extiende hacia el infinito tanto en lo que respecta al espacio como al tiempo, irradiando a todo el universo, por así decirlo, y conservándose por toda la eternidad. No sólo las almas sino también sus acciones, se conservan para siempre, e incluso la acción de cada cual se conserva en cada cosa restante del universo, a causa de la conspiración y simpatía de todas las cosas. El mundo está entero en cada una de sus partes»*²⁵.

La intención de Dios triunfa siempre. La persona colabora siempre en la creación de su destino y en la adquisición de lo que le es innato. Cada persona es un caso único. La rebelión eterna no obstaculiza a la voluntad divina a amar e inmortalizar al rebelde, pues como bien dice Nédoncelle, *«Dios no nos hace sólo inmortales, cualquiera que sea nuestra actitud. También renueva el yo ideal de todas sus criaturas, y las más rebeldes siguen siendo rescatadas por Él en las fibras secretas de su ser. Esta redención creadora nunca es absolutamente inútil para nadie: la prueba de ello es que nadie puede odiar lo bello y el bien que están asociados a los actos de su conciencia»*²⁶. El desorden y el sufrimiento

²⁵ G.W. LEIBNIZ: *Filosofía para princesas*. Madrid, 1982, p. 73.

²⁶ M. NÉDONCELLE: *La réciprocité des conscientes, essai sur la nature de la personne*, p. 309.

miento no son realidades impersonales o abstractas. El mal es alguien. Cuando se analizan los desenfrenos individuales o colectivos, se tiene la impresión de que no se los puede explicar por completo, quedando un residuo causal lleno de misterio y de turbación. Por eso, la personificación del mal lanza una luz muy viva sobre su naturaleza que se refleja en un accidente intersubjetivo o una inversión en un amor.

Universal y personal son dos nociones inseparablemente unidas en la conciencia humana. Así, lo universal es la capacidad de extender la presencia de una conciencia a toda la realidad. Para Nédoncelle en el amor hay una voluntad de promoción mutua, un deseo de ayudar a la otra persona a ser una perspectiva universal, a poseerse para darse, a no aislarse, sino a establecer el orden de todos los sujetos y a encontrar allí mismo su propio desarrollo. En la díada descubre y define la naturaleza personal en lo que tiene de esencial. El tú no es un límite, sino su fuente. La persona tiene una vocación de personificación: llegar a ser haciendo llegar a ser a otros yo. Las relaciones interhumanas muestran una influencia recíproca, pero la persona humana no es totalmente la causa y el efecto de otra persona. Por esto la aparición y consolidación final de nuestras personas no puede explicarse si no existe la trascendencia divina. Es solamente en Dios donde el orden de las personas tiene asiento. Por esto puede afirmar Nédoncelle, y nosotros con él, que *«bajo la forma más completa, el amor no puede no ser personal, y la persona no puede comprenderse fuera de una red de amor entre sujetos. La existencia de una relación de amor entre conciencias es el hecho que he estimado privilegiado»*.²⁷

Septiembre de 2007

José Luis Vázquez Borau
Instituto Emmanuel Mounier de Cataluña
Barcelona

²⁷ M. NÉDONCELLE: *Consciente et logos. Horizons et réflexions d'une philosophie personaliste*, p. 8.